

NOTAS SOBRE EL SIGNIFICADO DE LA GUERRA (*)

Dr. Héctor Herrera Cajas (**)

I

Siempre una manifestación social, y más aún si ésta es compleja y arraigada en la historia de la humanidad, provoca diversas actitudes en la conciencia de los hombres que la sienten, la simbolizan, la interpretan y la recrean desde distintos puntos de vista, y dejan testimonio en su vocabulario del predominio de una u otra de estas actitudes. Por lo tanto, el estudio de las etimologías concernientes es una buena pista para adentrarse en un mejor conocimiento de dichos fenómenos en sus distintas dimensiones originales, dimensiones que, por su fuerte arraigo en el espíritu del hombre, muchas veces se mantienen hasta nuestros días, y forman parte de nuestro inconsciente colectivo, el cual da cuenta de esos hontanares en que brotan las viviendas primordiales de nuestras tradiciones milenarias.

Así, en el caso de la **guerra**, el conocimiento de la etimología de algunas palabras, especialmente de las que corresponden a lenguas de nuestra civilización occidental y sus raíces, nos ofrece la posibilidad de ubicarnos en algunos de esos puntos de vista, y tener una comprensión más amplia de la complejidad de la guerra y de su repercusión sobre el espíritu de los hombres, a la vez que de los esfuerzos realizados a lo largo de milenios por tratar de superar algunas dimensiones inherentes a tan dura realidad.

Por cierto que estas notas no tienen más mérito que instruir tras el origen de algunas palabras, ciertas resonancias espirituales, que consideramos como constantes, y, por lo mismo, claves en la adecuada inteligencia de importantes fenómenos históricos.

En griego, **pólemos** (guerra) es un sustantivo masculino, por lo que la sentencia que se traduce habitualmente como "la guerra es la madre de todas las cosas", habría que traducirla: "el espíritu bélico es el padre de todo", con lo que se acentúa el carácter dinámico y generativo de la guerra, de acuerdo a la concepción biológica de los griegos (cfr. Esquilo, **Euménides**, 657 - 663).

Ahora bien, si tratamos de desentrañar qué se encuentra en el origen de la palabra griega, **pólemos**, que se conserva en castellano en su derivado, **polémica**, y en el verbo **polemizar**, y que significa pelea, batalla, guerra, lo más próximo es la raíz, **pel**, que sirve para formar un verbo, cuya traducción es temblar, tiritar, y posiblemente también el verbo palpar; de manera que la guerra, para los antepasados de los griegos históricos, sería apreciada, antes que en cualquier otros aspectos, por el

(*) Con algunas modificaciones, el texto de este artículo corresponde a una conferencia presentada por el autor en la clausura del ciclo: "el significado de la guerra en algunos momentos de la historia", organizado por la carrera de Historia y Geografía del Instituto Profesional de Chillán, el día 6 de mayo de 1988.

(**) Profesor titular de Historia Antigua y Medieval de la Universidad Católica de Valparaíso y de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

efecto que produce en el hombre que se apresta para entrar en el combate: la sensación de natural temor ante la muerte, temor que se expresa en un tiritar que sólo podrá dominarse —y tan sólo en lo exterior— después de siglos de disciplina, o recurriendo a variados rituales propiciatorios.

El guerrero indoeuropeo es un hombre que combate en carro, un hombre noble, perteneciente a la clase gobernante y militar, en sánscrito son los **Kshatriya**, que formarán la segunda de las castas tradicionales de la India; **Kashatriya** es una palabra derivada de **Kshatra**, poder, supremacía, dominio. De este conjunto de guerreros, algunos pocos se destacarán en la batalla por su ánimo, por su coraje, por su capacidad, y serán considerados héroes; pues bien, la palabra **héroe** en sánscrito, se forma con la misma raíz, **yudh**, con que se menta tanto la acción de hacer la guerra, como la batalla misma. En este caso, podemos instruir como la guerra ofrece la oportunidad para que algunos hombres, superando temores atávicos, muestren una dimensión admirable de la humanidad, y se transformen en héroes.

En cambio, en otras culturas, la guerra exige un comportamiento bestial, como en el caso de la Noruega primitiva, cuyos reyes mantenían hombres cubiertos con pieles de oso o de lobo, y poseídos de la saña de las fieras, eran los **berserks** (compuestos de **bear**, oso), los seguidores de Odín.

Los **berserks** son un excelente ejemplo de un guerrero poseído por el **furor belli**, el furor de la guerra, que los latinos veían en estrecha relación con la actitud propia de una bestia, **bellua**. En efecto, la palabra latina **bellum**, guerra, no tiene etimología conocida, pero se sentía su proximidad con **bellua**, como puede apreciarse en el siguiente texto de Cicerón: "Atque in republica maxime conseruanda sunt iura belli. Nam, cum sint duo genera decertandi: unum per disceptationem, alterum per vim; cumque illud proprium sit hominis, hoc belluarum; confugiendum est ad posterius, si uti non licet superiore". (En la república han de ser observados sobre manera los derechos de la guerra. Pues, como haya dos maneras de combatir, una por la discusión y otra por la fuerza, y como sea aquélla propia del hombre y ésta de las bestias, ha de acudirse a la última si no posible servirse de la anterior) (*De Officiis*, I, 34). Hay constancia que en el latín arcaico también existía la gracia **dellum**; esto explica la etimología popular que recoge Festus (58, 20), en el sentido que "se pelea por la victoria por dos partes contendientes. De aquí también **puerdellio** (la acción hostil hacia la república; el enemigo público), el que mantiene pertinazmente la guerra". La guerra, pues, en la mentalidad romana, tiende a manifestarse como una acción que, superando el nivel de las bestias, debe mantenerse dentro de ciertos límites jurídicos, que no deben transgredirse, ya que, en dicho caso opera contra la misma república.

El término latino desapareció en el Occidente (sólo se mantienen los adjetivos, bélico, belicoso, y el sustantivo compuesto rebelión), siendo reemplazado por **guerra**, que proviene del germánico occidental, **werra**, que también da origen a **war**. **Werra** tiene el sentido de pendencia, riña, querrela, alboroto, y, por cierto, guerra; en todas estas palabras está el componente de "confusión", que se mantiene en el verbo alemán **wirren**, enredar, embrollar, confundir. Podríamos, en consecuencia, pensar que la visión que tenían los hombres de fines del Imperio romano en Occidente y de comienzos del mundo medieval —provocada por las grandes invasiones de los pueblos germánicos—, era la de una tremenda confusión, en la cual se perdían todas las normas y prácticas tradicionales de una actividad bélica disciplinada; esa visión será la que propició el reemplazo de **bellum** por **werra** y sus distintos derivados en las lenguas romances y aún en el inglés. Paradójicamente en el alemán no se conservó, y la palabra actual **Krieg**, guerra, hay que relacionarla directamente con el verbo **Kriegen**, que además,

de combatir, pelear, contender, disputar, significa también obtener, tomar, ganar, adquirir luchando lo que nos indica otro posible matiz presente en la cruel realidad de la guerra: los prisioneros y el botín.

En ruso, guerra, **vojná**, tiene la misma raíz que ejército, tropas, **vojská**, ambas palabras están relacionadas con **voj**, aullido, grito. Esta relación mostraría la presencia de un primitivo ritual de animación —lanzar gritos aterradores— que podrían conectarse con la descripción que hace Tácito del inicio de los combates entre los germanos, momento en que lanzaban el **bartitum (Germania, III)**, con el cual “encienden los ánimos y auguran la fortuna del combate futuro”.

Las anotaciones anteriores permiten formarse una imagen de diversos aspectos que están integrados en el concepto **guerra**: la impresión del tumultuoso, confuso, enfrentamiento de los adversarios, enardecidos por gritos que son parte de rituales propiciatorios, con los cuales se pretende dominar el temor que puede transformarse en pánico, temor que hace temblar a los guerreros, movidos la inmensa mayoría por el incentivo del botín, y sólo algunos por el afán de la gloria: estos pocos serán los héroes. Por atractiva que, en algunos casos, sea la guerra, con todo, se considerará que es una acción propia de las bestias y habrá un esfuerzo mantenido por poner limitaciones a sus excesos, mediante el derecho, **jurabelli**.

II

La naturaleza del hombre requiere de incentivos para lanzarlos a la batalla; aunque, con el paso de los siglos, se tratará de incorporar motivaciones ideales, siempre se conservará la participación de rituales y sacrificios: la música militar inflama los espíritus y, en algunos casos, produce un verdadero éxtasis; además, sobre todo con el redoble de tambores, con su ritmo monótono e incesante, suscita un comportamiento mecánico, que se encubre con vestuarios y gestos marciales. El aporte **marcial** del guerrero nos recuerda la consagración al dios itálico **Mars** (Marte), que dió su nombre al mes en que se abrían las campañas militares (Marzo). **Mars** sirve para traducir el nombre del dios griego de la guerra y de la destrucción, y que también personifica la discordia y el crimen, **Ares**, formado de la misma raíz que **areté (virtus)** y **áristoi**, el conjunto de los hombres cuya valentía (**virtus**) se prueba en el campo de batalla. Se ha pensado que tanto Mars como Ares estarían relacionados con la raíz sánscrita **mar**, que sirve para formar el campo semántico de la muerte, de la destrucción, de la peste; de la disolución del universo; y también de una ceremonia mágica con el propósito de aniquilar al enemigo (**márama**); el léxico budista **mara** es el Mal mismo.

Los sacrificios cruentos (de **cruur**, en latín la sangre derramada para distinguirla de **sanguis**, la sangre como elemento vital) son otro medio para convertir al hombre tranquilo y pacífico en un guerrero fiero y cruel (de la misma raíz que **cruur**). Esta transformación necesaria, pero peligrosa, pasado el tiempo de la guerra, habrá que anularla para que el guerrero torne a su condición pacífica. En el mundo romano, donde era prácticamente imposible que un ciudadano viera transcurrir su vida sin haber tenido que participar en operaciones militares, era indispensable contar con un ritual que reconvirtiese al guerrero en habitante urbano. Un ritual del umbral —símbolo del tránsito de un estado anímico a otro— solucionaba este potencial peligro para la república y sus instituciones. El templo del dios Jano mantenía sus puertas, mientras durasen las operaciones militares, para que al pasar por ellas al salir de campaña, se despejase al **quiris**, el habitante de la **urbs**, de su pacífica condición, y, al retornar, se le despojase de su belicosidad y se le devolviese a las tareas de la vida “pacata” con el espíritu propio de la urbanidad tan difícilmente conquistada.

El templo de Jano es, sin duda, una construcción que corresponde a una elaboración avanzada de arcaicos rituales de tránsito, y en los tiempos posteriores, en que las conquistas romanas irán expandiendo el urbanismo por el Occidente, muchas ciudades tendrán sus monumentales arcos de triunfo, para cumplir idéntica finalidad, cada vez más descalizada.

La guerra está, pues, en íntima relación con la paz; hasta podría pensarse que los romanos habían llegado a una acertada comprensión del curso de la historia —al igual que Confucio, hace dos mil quinientos años— cuando afirmaron: “Si vis pacem para bellum” (Si quieres la paz prepara la guerra); y, de hecho, el romano, ejemplo de sensatez y de realismo político, a lo largo de su historia, vivió permanentemente esta doble dimensión de la existencia; dimensión que para ser más exacto habría que visualizar como una triple dimensión, ya que, las actividades civiles y las militares tenían un fundamento sacral, de manera que un ciudadano cumplía con sus deberes asumiendo indistintamente cargos civiles, funciones religiosas, y responsabilidades militares.

Esta integración de actividades en una misma persona también se encuentra en otras sociedades; es el caso de la sociedad musulmana, en la cual el mismo califa es a la vez el sucesor del Profeta, el jefe de la administración civil y el generalísimo de los ejércitos, en correspondencia con la convicción de que la guerra santa, **yihad**, esto es la guerra contra los infieles, es un imperativo moral de la comunidad de los creyentes; a tal punto que la tierra se divide entre **Dar-al-Islam**, el territorio sometido al Islam, y **dar-al harb**, el territorio de los infieles, y tan sólo una “tregua” mantiene las fronteras donde se encuentran. No en vano un **hadit** atribuido a Mahoma dice: “la esencia de la religión es la oración y la guerra santa”; aún cuando también se entendía esta guerra santa como la guerra que el piadoso musulmán debería emprender contra sus propias posiciones, la guerra que se traba en el corazón de cada hombre.

La influencia del cristianismo en la formación del Occidente medieval contribuye a una diferenciación entre los hombres; unos consagrados al servicio de Dios, otros a la defensa, y otros a la producción. Pero, de ninguna manera, fue fácil establecer permanente y categóricamente estas distinciones, y muchos eclesiásticos empuñarán las armas durante los siglos medievales; su consagración plena se alcanzará con la fundación de las órdenes militares, en tiempos de las Cruzadas; San Bernardo hizo el elogio de la Orden del Templo, cuyos caballeros eran “más mansos que corderos, más fuertes que leones”, en la defensa de Cristo y de su Iglesia.

Aproximándonos, al mundo contemporáneo, vemos que la guerra es una situación que pone en tensión a todas las fuerzas de la sociedad; pocos eluden su compromiso, así como muy pocos pueden escapar a sus consecuencias. Y si Clemenceau afirmaba que la guerra es un asunto demasiado importante para dejarlo sólo en manos de los militares, hoy se comprueba claramente que, además de los juristas, de los industriales y comerciantes, de los periodistas y particulares, son los científicos, quienes tienen cada vez más responsabilidad en la victoria final, objetivo que moviliza todas las fuerzas de la sociedad. En efecto, la guerra, tal como hoy se practica, es una guerra total, tanto en sus consecuencias como en su preparación y ejecución. Toda la sociedad queda comprometida, y, en el alcance y poder aniquilador del armamento, los científicos cada día tienen una participación más preponderante.

El militar tradicional tiene que adecuarse a las nuevas exigencias de un armamento altamente sofisticado, y de una potencia destructiva aterradora, que no está en relación con la capacidad, valentía, disciplina y espíritu de sacrificio del guerrero. La guerra, desde esta perspectiva, impone una reali-

dad que hasta ahora no estaba consultada en la historia: ganarse o perderse, ya no por la calidad de los estrategas, por el coraje de los jefes, y por la disciplina y adhesión de la tropa, sino por la calidad de los científicos, por la pericia de la industria bélica y el trabajo de funcionarios y obreros civiles.

Ahora bien, si pensamos que el compromiso de los Estados es preservar la paz, y que los más empeñados en ellos son justamente los militares, por ser los que mejor saben cual es el riesgo que se enfrenta al iniciar las operaciones, entenderemos por qué el pacifismo hay que predicarlo preferentemente en medios civiles —científicos e industriales— más que en los ambientes castrenses. Todavía más, queda el sector de los negociantes de la guerra, carentes de todo sentido patriótico, ya que, llegado el momento, no trepidarán en vender armas a los mismos enemigos, a través de la red internacional de traficantes de armas, siempre que hagan un buen negocio.

Por cierto que postular al pacifismo para tratar de hacer primar en las relaciones entre los Estados, la cordura y sensatez, no significa caer en un entreguismo suicida ni deslizarse hacia un utopismo mesiánico contrario a toda experiencia histórica y a toda previsión posible. El pacifismo es la doctrina que aboga por la solución pacífica de los diferendos entre las naciones, solución de acuerdo a principios jurídicos de validez internacional, pero que requieren tener el respaldo de las armas para hacer valer su respeto y aceptación.

El pacifismo auténtico no propicia un desarme unilateral —en verdad, debería decirse multilateral— ni un licenciamiento generalizado de las fuerzas armadas, sino una actitud espiritual, una disposición anímica, un sentimiento del corazón, puesto que la guerra, pese a todas las causas que pueda anotarse para explicar su génesis y estallido, donde verdaderamente se gesta es en el corazón, en el espíritu de los hombres. No olvidemos que **concordia y discordia**, dos palabras tan estrechamente ligadas a las relaciones entre los hombres, son compuestas a partir de **cor**, corazón. El estudio que hace Tucídides para explicar el comienzo de las Guerras del Peloponeso, justamente arriba a que fue el sentimiento de temor incubado en el corazón de los espartanos ante la grandeza de Atenas, lo que hizo inevitable el conflicto. (I, 23). Necesario es, pues, cultivar nuestro corazón para que, con entereza y fortaleza de espíritu seamos capaces de luchar por la paz con el mayor realismo para ponderar debidamente qué se pone en juego en cada caso; conscientes de que la construcción de la nación ha requerido de guerras, y de la defensa del ser nacional podría otra vez exigir el sacrificio de parte de una generación. Y si, llegado el momento, se está dispuesto a tal sacrificio es porque se siente que en ese conflicto se está jugando el destino histórico de la nación, que es un patrimonio que no pertenece a una generación sino que se extiende, se identifica y compromete a una situación de generaciones que viven, con distinto énfasis, las indiferentes dimensiones del ser nacional.

La plena expansión del ser nacional requiere de la paz; y si se llega a la guerra tiene que ser con el noble propósito de afianzar o de restaurar la paz. Es tal la apetencia de la paz que justifica aún las guerras de conquista y la formación de imperios; en efecto, Roma es un buen ejemplo de la edificación de un imperio "compacto", es decir, de un imperio en que las victorias hacen posible el establecimiento de una paz duradera y fructífera, en cuyo clima se integran vencedores y vencidos, mancomunados en la construcción de un mundo en que el fantasma de la guerra cada vez se aleja y desvanece más, del mismo modo como los **trofeos** levantados para conmemorar las victorias van derruyéndose con el paso del tiempo, al haber prohibición ritual de restaurarlos.

Un texto del escritor italiano contemporáneo, Giovanni Papini, **La paga del sábado**, que recoge artículos periodísticos publicados entre junio de 1914 y agosto de 1915, es una excelente síntesis del significado de la guerra en una sociedad que está viviendo el clima bélico imperante en Europa durante la Primera Guerra Mundial. El artículo en referencia fue escrito la noche del sábado 22 de mayo de 1915, en el momento en que el reino de Italia decidió romper la alianza que, desde 1893, mantenía con los imperios austríaco y alemán. Papini había sido uno de los que propugnaban para que Italia se separase de estos aliados y entrase en guerra con los mismos, esgrimiendo una serie de reivindicaciones. El análisis de algunos trozos de este texto muestra la fuerza histórica de consignas milenarias, algunas de seguro enraizadas en el inconsciente colectivo, otras reveladoras conscientemente para que sirvan de justificación para las cruentas jornadas que se inician, y todo animado por un fervor entusiasta, típico de momentos de exaltación patriótica.

“Hoy, sábado por la noche, Italia se encuentra por fin dispuesta a pagar a su vieja enemiga y señora. Ha sido declarada la guerra. En el mismo instante —sin fórmulas ni decretos— nos ha sido prometida la victoria...

“Todo está en favor nuestro: la justicia de nuestra causa, la santidad de nuestro derecho, la fuerza de nuestro pueblo joven, los recuerdos del pasado doloroso, las voluntades del pasado glorioso. Todo nos fue quitado y todo se nos dio. Ya llega el día magno de la resurrección para nuestra nación crucificada; ahora está para nacer el alba de la ascensión, camino de la grandeza...

“Fuimos un día la nación rica del Universo: los tesoros de Oriente fueron entonces, pusimos impuestos a los reyes y a los pueblos, prestamos millones a los emperadores. Después vino la miseria triste e impotente hasta los últimos días. Pero una riqueza italiana está creándose aquí y fuera, desde hace pocos años, con el sudor obstinado de nuestros ciudadanos, de nuestros emigrantes, de nuestros marineros, de nuestros capitanes de industrias. Hoy esta riqueza necesita nuevos mercados, tierras más ricas, libertad en los mares... “En los últimos tiempos una mal llamada cultura de toscos ostrogodos que plantaron la cantidad en el lugar de las ideas, y que llamó disciplina a la esclavitud de los espíritus, había caído sobre nosotros, insolente e invasora, para falsificar el alma nuestra, para desfigurar nuestra historia, para deformar nuestra naturaleza latina.

“Hoy estamos a punto de volver a hacernos con nuestras preeminencias. Esta guerra es, pues, guerra de afirmación y guerra de liberación. Equivale a la prueba decisiva de nuestra virilidad, reconquistada al fin...

“No tenemos que redimir únicamente a la Istria y al Trentino: hay que redimir moralmente a todo el pueblo de Italia. Esta no es una guerra irredentista, sino que es guerra italiana, guerra nacional, la última, pero la mayor de las guerras nacionales. Las guerras futuras serán, si acaso, guerras imperiales.

“Y porque es guerra italiana no podía ir contra los principios de civilización y de libertad que Italia ha impuesto al mundo. No podíamos colocarnos en contra de los Estados que representan los fundamentos mismos de la vida moderna y de la vida nuestra: el principio de nacionalidad, el principio

representativo y democrático... "Nunca nos hemos encontrado, desde que Italia existe, desde que Italia se ha rehecho y es dueña de sí, teniendo que pelear en una guerra tan justa y por finalidades tan santas, que concilian perfectamente nuestros intereses particulares con los intereses generales de la civilización y los intereses universales del mundo.

"Esta alegría varonil, esta prueba solemne, está reservada para los italianos, hoy vivos y presentes. El pueblo, que tiene la sensación de esta grandeza inminente y de este magnífico deber y que no escucha ya a los roncadores y disimulados instigadores de cobardías, está completamente de acuerdo y es feliz, como si un alma sola, hasta a través de los mares, recogiese a los cuarenta millones de almas italianas que viven hoy y que esperan sobre la tierra.

"La victoria está con nosotros, porque la victoria pertenece a los pueblos inteligentes, generosos y temerarios.

"Cantemos los himnos robustos de la patria una vez más, al partir".

Las ideas fundamentales que estructuran el mensaje de Papini son: **guerra, victoria, grandeza**. Sin la promesa de la victoria, difícilmente se aceptaría el riesgo de la guerra; con todo, hay casos en que la guerra se impone no habiendo esperanza alguna de victoria, como cuando se trata de defender el honor de un pueblo en un gesto postrero de dignidad; en dicho caso, podríamos designar a tal guerra, guerra de holocausto, es decir en que se ofrece "todo (**holon**, en griego) en el altar de la Patria.

Pero, lo normal es que se juegue con la expectativa de la victoria, que abrirá el camino a la futura grandeza, tanto más si el pasado glorioso compromete y obliga en las horas tenebrosas del presente. Cuando se tiene una historia con capítulos imperiales, que se espera reeditar, la guerra se asume como un "magnífico deber", con "alegría varonil".

Una larga tradición jurídica, que se sabe que es peligroso menospreciar, exige que la guerra no se inicia sin causa justa, aun cuando dicha causa sea afirmar que se es uno de "los pueblos inteligentes, generosos y temerarios".

La guerra aparece como una gran oportunidad para la "resurrección" de una nación que se siente postergada y ofendida; resurrección que también se manifestará en la creación de una riqueza que "necesita nuevos mercados, tierras más ricas, libertad en los mares".

Pero una razón más urgente aún para ir a la guerra es impedir los intentos, abiertos o solapados, "para falsificar el alma nuestra, para desfigurar nuestra historia". Sin duda, Papini toca aquí uno de los asuntos más profundos de la historia de las naciones, y de tremenda actualidad. En muchos casos, no se para mientes en esta dimensión de la guerra de conquistas contemporánea, mediante la cual los pueblos son conquistados de manera incruenta al falsificárseles su alma, es decir, al irles cambiando insensiblemente todo aquello que constituye su patrimonio espiritual e histórico. No hay declaración de guerra, no hay ejércitos movilizados, no hay combates sangrientos, no hay alteraciones en el trazado de las fronteras, no hay tropas enemigas instaladas en el territorio nacional, pero hay conquista, y, lo que es peor, no hay conciencia de la guerra que se ha perdido y de sus penosas consecuencias.

Hay, pues, distintos tipos de conquista, pero todos impelen a la guerra de liberación; guerra la más santa, en la cual la historia comparece para estimular y apoyar a los patriotas, y, en el fondo, para redimirse de los tiempos de apobio, mediante el sacrificio cruento de una generación.

Mayores posibilidades de ganar la guerra se tienen si las alianzas son seguras, y pareciera que el margen de seguridad aumenta si se sostienen los mismos ideales con los aliados. En este caso, Papini estima que la garantía está dada porque lo que se defiende son "los principios de civilización y de libertad" amenazados, por la barbarie. Guerra de ideales, de consignas, de intereses comunes, que pronto se perfilarán nuevamente como particulares, y, en cuanto tal, guerra de grandeza nacional, y —si cabe— imperial.

IV

Ganada la guerra, hay que ganar la paz; y si lo primero puede haber significado esfuerzos máximos y sacrificios heroicos, lo segundo también puede imponer duros y exigentes compromisos, así como destacar nuevos líderes y ofrecer la oportunidad para que se muestren otras virtudes. Pasada la guerra, incorporados hechos y personajes al recuerdo histórico, viene su evocación cultural, que tantas y tan espléndidas obras de arte —en la literatura, en las artes plásticas, en la música— ha inspirado.

La guerra es, pues, un fenómeno histórico de notoria complejidad y de variadas repercusiones; su estudio nos enfrenta con todas las expresiones de la realidad, pero, por sobre todo, nos permite penetrar más a fondo en el espíritu del hombre, en ese insondable enigma que es cada uno de nosotros, en sus innumerables manifestaciones a lo largo de los siglos, y que constituye la meta más ansiada de los estudios históricos.